

«EL MC KINLEY»

«LA GRAN MONTAÑA»

LAS frías tierras de Alaska se hallan surcadas por suaves colinas y llanuras pantanosas. Hacia el Oeste, sin embargo, se alza un grupo de enormes montañas sobre las que se destaca la cúpula de nieves perennes del Mc Kinley.

Una especie de lomo o espina, de alturas comprendidas entre los tres y cuatro mil metros lo une al pico Logan (5.965 metros) y San Elías (5.985 metros). Separado de este núcleo montañoso el macizo de Endicott Range, con alturas inferiores a los 1.500 metros, y debido a temperaturas más cálidas, hace que la vegetación sea abundante.

Por una enorme brecha abierta en estas montañas discurre el curso del río Yukón, que, naciendo en el Canadá, atraviesa el territorio de Alaska y después de 3.000 kilómetros vierte sus aguas al mar de Behring.

El Mc Kinley, de 6.191 metros de altitud, es la montaña más alta de Norteamérica. Desde la bahía de Cook, a unos 300 kilómetros al Sur y también desde Fairbanks, 200 al Norte, puede ser contemplada.

Los indios, que la conocían, la llamaban Denali, «la casa del sol». También se la llamó Tralaika o Doleyka; los rusos Bulshaia Gora.

Idiomas diferentes, pero que expresaban lo mismo: la gran montaña. Aun siendo más pequeña que sus hermanas del Himalaya, ofrece una particularidad que la distingue de las mismas; mientras que allí las ascensiones parten de llanuras o mesetas de tres a cinco mil metros, y en ocasiones aún más, en el Mc Kinley no ocurre lo mismo. La zona del Yukón, de donde parten

las vertientes del Norte, no pasan de 500 metros sobre el nivel del mar. Lo propio ocurre en el Sur, siendo juntamente con las del Este y del Oeste las más difíciles e impracticables.

De aquí se desprende que sea ésta una montaña en la cual su ascensión se inicia prácticamente desde sus mismas faldas.

* * *

Se supone que fue el navegante inglés George Vancouver el primer hombre blanco que vio al Mc Kinley, hacia 1794.

El 30 de marzo de 1867 los rusos vendieron en 7.200.000 dólares el territorio de Alaska, a los Estados Unidos.

Con el tiempo fueron llegando traficantes y buscadores de minas, adentrándose por todo el territorio en busca de riquezas.

Uno de ellos, un tal Densmore, llegó a la región del Mc Kinley y a su regreso hizo muchos elogios de la montaña; durante algún tiempo fue conocida con el nombre de Monte Densmore.

Hacia 1896 llegó a la base de las glacières que la rodean un buscador de oro, W. A. Dickey. No se sabe si conocía o no el nombre de la montaña, pero él la bautizó con el nombre de Willian Mc Kinley, que por entonces era candidato a la Presidencia de los Estados Unidos.

Y así se llamó desde entonces.

El primer intento de ascensión tuvo lugar en 1903. Un grupo de cuatro hombres al mando del juez Wickerhan intentó alcanzar la cumbre, pero elegida una ruta muy peligrosa, fueron rechazados al final por enormes paredes de hielo.

Al regreso hicieron relatos sensacionalistas, llegando a decir que solamente podría ser alcanzada la cima en globo o avión.

Fue el doctor Frederick Cook, que más tarde se haría famoso como falso «descubridor del Polo Norte», quien entró en juego a continuación.

Iba a convertirse igualmente en el falso «conquistador del Mc Kinley». En 1906 intentó la ascensión en compañía de Herschel Parker y Belmore Browne.

Sin embargo, fracasaron, no pudiendo siquiera marcar una ruta que condujera hacia las alturas. No obstante, Parker y Browne, ambos de extraordinario carácter y temple, fueron los que más lucharon por la conquista de esta montaña, y por pelos no llegaron a ser los primeros en conseguirlo, como luego veremos.



El pico norte del monte Mc-Kinley (6.187 m.) aparece entre las nubes a la izquierda (al fondo). La expedición de 1912 se volvió atrás desde un lugar justamente por encima de los escaladores de la derecha.

Nuevamente Cook, llevando a Edward Barrill de compañero, se adentra en la montaña, para aparecer al cabo de varios días diciendo que había llegado a la cumbre.

Los que le conocían y conocen al Mc Kinley no le creyeron: él, sin embargo, con sus artimañas logró convencer a un gran sector de público.

Dio muchas conferencias y hasta llegó a escribir un libro relatando su «hazaña».

Cuando siete años más tarde, Hudson Stuck y sus compañeros realizaban la verdadera primer ascensión, los detalles que de la misma dieron dejaba al descubierto la falsedad de Cook, que pronto fue olvidado.

El interés por esta montaña se había acrecentado y varios animosos grupos se prepararon para el asalto.

Merece especial atención, el formado por unos mineros de Fairbanks, que por sólo 90 metros no llegaron a la cumbre.

Estos, después de un fatigoso viaje de aproximación, habían establecido su campamento en la lengua del glaciar Muldrow, a 3.000 metros de altitud.

Pues bien, con un material deficiente y haciendo gala de una rudimentaria técnica que hoy día haría sonreír a cualquier montañero, Anderson, Taylor y Mc Gonogol salvaron tres mil y pico metros de desnivel y regreso... ¡en un solo día!

Con su extraordinaria resistencia y voluntad, no sólo realizaban esta proeza, sino que trazaban a la vez la vía de ascensión más lógica, empleada posteriormente por otras expediciones.

El Mc Kinley tiene dos cimas: la sur, de 6.191 metros, la verdadera, y la norte, algo más baja. Nuestros amigos, al alcanzar la cota 5.200, entre ambas, eligieron la norte, creyéndola más alta. Fue una lástima, pues tuvieron en sus manos la victoria.

El mismo año vuelven de nuevo a la carga Browne y Parker. Eligen la ruta Sur, y después de vencer formidables obstáculos se encuentran con murallas de hielo infranqueables, barridas por aludes que se suceden sin interrupción.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, se retiran.

En 1912 de nuevo asedian a la montaña, acompañados en esta ocasión por Aten y Le Voy. Con la experiencia adquirida en las anteriores expediciones, atacan al Mc Kinley por la parte Norte, alcanzando el glaciar Muldrow.

Allí comienzan las grandes dificultades. Se ven obligados a salvar séracs y grietas enormes; a veces, los perros que arrastran los trineos caen en ellas y pierden mucho tiempo y fuerzas en sacarlos.



El espolón sudoeste.

Al llegar a la parte superior del glaciar se desencadena una terrible tempestad que apenas les dejaría un rato de reposo mientras permanecieran en la montaña.

Durante cuatro días permanecen dentro de sus tiendas, que parece van a salir volando por los aires de un momento a otro.

Cuando pasa la tormenta reanudan la ascensión. Han de tallar millares de

escalones en el hielo y subir grandes cargas para abastecer los campamentos. Como los alimentos empiezan a escasear, se ven precisados a bajar de nuevo al glaciar Muldrow, donde tienen el campamento base, para subirlos de nuevo.

A los 4.900 metros otra tormenta les castiga cruelmente y de nuevo se han de guarecer en el precario cobijo que ofrecen las tiendas. Allí, al menos, se protegen un poco del viento, que les corta como un cuchillo.

Cuando amaina, están a unos 1.300 metros de la cumbre, que brilla como un gigantesco diamante.

Nuevamente en camino, han de luchar con el hielo y el viento glacial, que les muerde sin piedad.

Se encuentran ya muy próximos a la cumbre. Nuestros héroes se sienten emocionados, pues creen que ya nada les detendrá y que serán ellos, al fin, los que consigan tan señalado éxito.

Pero el Mc Kinley no capitula aún, y no ve con buena cara la alegría que brilla en los ojos de nuestros amigos. El cielo se cubre rápidamente y, con extraordinaria violencia brama de nuevo el temporal. El viento gana en fuerza y a punto está de arrancarlos del suelo y lanzarlos al abismo.

Todavía tienen el valor de continuar un rato más hacia la cumbre, pero escrito está que de ahí no pasarán. Empiezan a respirar con dificultad y apenas pueden tenerse en pie.

Dándose cuenta del peligro que supone continuar, vuelven al campamento maltrechos y medio helados.

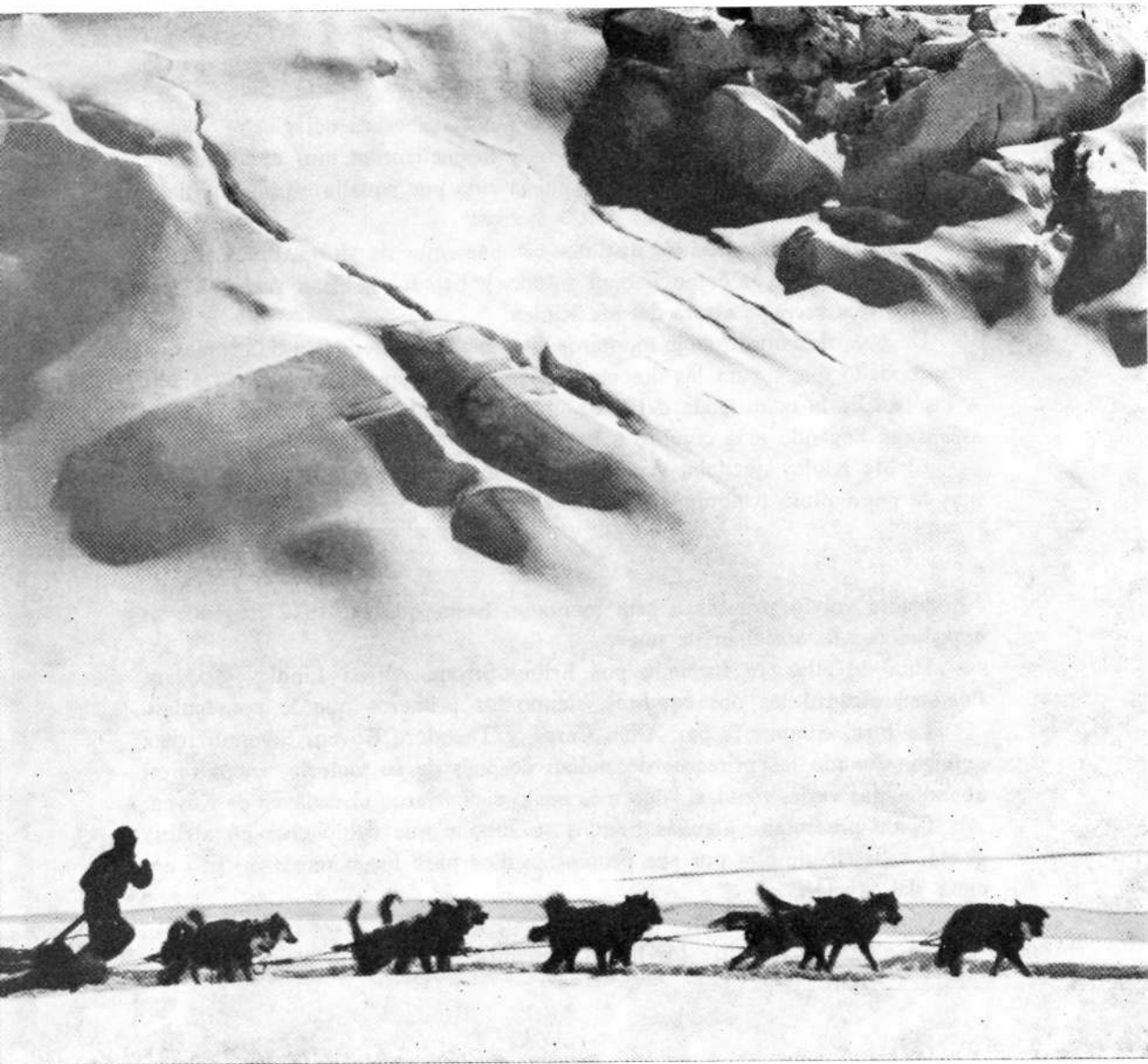
Dos días después, con buen tiempo, se lanzan de nuevo al asalto; sin embargo la desgracia se abate nuevamente sobre ellos: estando ya muy cerca de la cumbre se ven rodeados de una espesa niebla, que los desorienta, teniendo que retirarse otra vez. Completamente agotados y sin alimentos, inician la definitiva retirada de la montaña.

Más tarde diría Browne: «Solamente quien mucho ha luchado por una causa puede valorar la derrota. Recuerdo que sentía una sorda desesperación».

Encontrándose los expedicionarios fuera de las zonas nevadas, una explosión del volcán Katmai, a 650 kilómetros de distancia, produjo gigantescos desprendimientos que barrieron y modificaron totalmente las vertientes Norte y arista Kartens, por donde hacía poco tiempo habían andado.

En mayo de 1913, la expedición compuesta por Hudson Stuck, Harry Kartens (de quien tomó el nombre la arista), el maestro Walter Harper y dos nativos se dispone para atacar de nuevo a la montaña.

Después de varios días de aproximación y de encontrar muchos obstáculos



Los primeros exploradores, utilizaban trineos tirados por perros.

los alcanzan el glaciar Muldrow. De allí en adelante se tropiezan con enormes cantidades de hielo, producto del alud del año anterior.

Al regresar uno de los días al campamento, se lo encuentran ardiendo. El fuego destruyó gran cantidad de material y víveres.

No se desanimaron por ello. Al llegar a la cabecera del glaciar, examinaron detenidamente la arista de Kartens y la encuentran muy cambiada.

Viéronse obligados a trazar una nueva ruta por aquella espina de hielo: tallaron una enorme escalera de 1.500 metros.

Como iban equipando los distintos campamentos de altura, Stuck calculó que, con tantas veces como habían subido y bajado, habrían recorrido por lo menos tres veces la altura del Mc Kinley.

Después de tanto trabajo montaron finalmente las tiendas a 5.000 metros, en el collado que separa las dos cimas. Tres días después lo hacían a 5.500. A las tres de la madrugada del 7 de junio reanudaron la última parte de la ascensión, llegando a la cumbre a la una.

El Mc Kinley quedaba vencido y, no obstante, ofrecía a aquellos hombres la maravillosa panorámica de Alaska a sus pies.

* * *

Nadie volvió a subir a esta montaña, hasta que en 1932 dos nuevas expediciones lo atacaban de nuevo.

Una de ellas, la formada por Erling Strom, Alfred Lindley y Grant Pearson, alcanzó las dos cumbres, siendo los primeros que lo conseguían.

La otra, compuesta por Allan Carpé y Theodore Koven, tuvo un triste epílogo. Cuando los primeros descendían después de su victoria, encontraron abandonadas varias tiendas. Algo más abajo encontraron el cadáver de Koven.

Como presentaba algunas heridas se supone que debió caer en alguna grieta, saliendo de ella por sus propios medios para luego morir de frío encima del glaciar.

Carpé nunca apareció.

En algún lugar, entre los hielos, descansa para toda la eternidad.

* * *

Lo mismo que ha ocurrido y ocurre, no importó la desolada comarca en que se levanta, ni las duras pendientes heladas, ni el intenso frío de aquellas latitudes y a semejantes alturas para que aquellos esforzados y valerosos hombres, después de cada derrota, volvieran con más bríos e ilusión.

Esta es, a grandes rasgos, la historia del monte Mc Kinley y de los hombres que por ella lucharon hasta conquistarla.